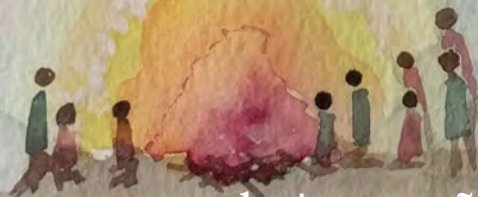


FRANCISCO JAVIER EXPÓSITO LORENZO

Lulu en la jaula

LHG



la + pequeña

Lulu en la jaula

Una fábula de la sabana

FRANCISCO JAVIER
EXPÓSITO LORENZO

Ilustraciones de
ANA GARCÍA CEREZO



la + pequeña

Escucha aquí la aventura sonora de esta fábula de la sabana.



Título original: Lulu en la jaula. Una fábula de la sabana

© Del texto: Francisco Javier Expósito Lorenzo

© Ilustraciones: Ana García Cerezo

Madrid, febrero 2023

Edita: La Huerta Grande Editorial

Serrano, 6 28001 Madrid

www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-32-0

D. L.: M-28480-2022

Diseño cubierta: La Huerta Grande sobre original de Ana García Cerezo

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra, 27.

28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/Printed in Spain

A mis hermanos Julius, Ben y Amani
por su cuidado.

A los masai por guardar la luz del Serengeti.

A mis queridos María, Julián, Libia,
Fer y Maite, y al resto de compañeros que compartieron
esta maravillosa aventura de Kananga
que nos llevó al origen.

La única Ley verdadera es aquella que conduce a la libertad.

Juan Salvador Gaviota, Richard Bach

Una vez maté a una iguana pensando que podía hacer algo bonito con su piel. Ocurrió algo extraño, de lo que no me podré olvidar nunca. Cuando fui hacia ella, que yacía muerta sobre una piedra, fueron unos pocos pasos, se fue apagando y volviéndose pálida. Todos los colores desaparecieron en un largo suspiro, y cuando la toqué estabaa gris y opaca como un grumo de cemento.

Memorias de África, Isak Dinesen

...días lejanos en que llegaron los extranjeros para delimitar las fronteras.

El desierto de los tártaros, Dino Buzzati



NIÑOS Y JAULAS:
BEN, JULIUS, AMANI

Nunca habían visto antes el mar. Disponían sólo de espacio para estar de pie en la estrecha jaula. El mundo se había contraído, cambiado y cerrado en torno suyo.

Memorias de África, Isak Dinesen

A veces la jaula nos parece el hogar más seguro. Allí somos pájaros sin alas que al final olvidan hasta incluso que fueron pájaros. Por eso, cuando un día nos abren la puerta, resulta que no entendemos, convertidos en una parte más de la jaula, nuestras plumas de antes ahora barrotes que nos separan de la vida que nos es propia.

A veces uno confunde a su madre o su padre con una jaula, o a la jaula con su padre o su madre, ¡qué digo!, o la jaula con el pájaro o el pájaro con la jaula, y acaba metido debajo del ala donde duerme cada noche rodeado de barrotes de níquel, condenado a pasar la vida sin la brisa de un vuelo.

El miedo nunca da a luz nada que perdure. El miedo se perpetúa en el miedo. Cose las entrañas con barro y las deja secar para que, llegado un arrebató de valor, estallen las costuras. En las tierras que ocupa la sabana, acu-

nadas por la anchura del horizonte, el miedo no tiene sentido más que para aquel que lo visita a propósito y deja migas de negrura en los caminos de arena por donde pasan los niños.

Dicen las aves que vuelan sobre los males de la Tierra y sienten el aliento del cielo, que más allá de fronteras o jaulas existe en el centro de la sabana, dentro de la gran reserva creada por los blancos, un Gran Valle escondido de los ojos que guardan en su corazón el miedo, un paraíso por entre cuyos desfileros cruza el río de la vida, un edén en el que los animales viven y duermen en libertad, respetándose los unos a los otros bajo las ramas de milenarios baobabs, y al que la mayoría de seres humanos han tenido negado el paso hasta ahora.

La bantú Salma, madre de Julius, uno de nuestros muchachos protagonistas, trajo a sus hijos al mundo en medio de un torrente. Cuando estaba seco, los bebés caían en el barro, volviéndose cenagosos hasta la desembocadura de su vida, olvidados del mundo y errantes de los suyos; cuando el cauce llevaba agua, como ocurrió al nacer Julius, eran arrastrados por la corriente, y si fluían

con ella acababan adecuándose a cualquier espacio, no importaba el dónde ni el cómo, mas si no se dejaban llevar por la fuerza del torrente los niños terminaban flotando boca arriba en un charco, hinchados de agua como sapos rabiosos.

Mwenye es el padre de Ben y jefe del poblado masai. Contaba erguido como un gallo, que su mujer Penda, una kikuyu de sangre real, había engendrado a su hijo tras yacer con un baobab, el árbol sagrado de los masai. Una noche en que escapó del pueblo y se quedó dormida bajo el árbol contemplando las estrellas, éste la apresó con sus ramas y raíces, la durmió y la fertilizó con su savia. Por eso Ben, al nacer, tenía los talones y las yemas de los dedos tan rugosos como la corteza del baobab, y cuando abrió la boca para llorar comenzaron a brotar flores de adansonia con cuyos pétalos su familia hizo limonada para celebrar su llegada al mundo. Para Mwenye, que el árbol hubiera elegido a su mujer Penda y la hubiera convertido en madre había sido siempre motivo de orgullo y fiesta.

Adia es la hermana mayor del jefe Mwenye y madre de Amani, nuestro tercer chico. Por

eso, Ben y Amani son primos hermanos. En el albor de la adolescencia, los padres de Adia la dejaron en el territorio de un león hambriento para que pasara una noche al raso en medio de la sabana, confiándole al Gran Espíritu la supervivencia de su hija; si a la mañana siguiente seguía con vida, se convertiría en la jefa de la tribu a la muerte de su padre, Jelani, y si era devorada, la familia cazaría al león para comérselo a la luz de la Luna y que el alma de Adia volviera así de nuevo a la tribu. La niña saludó la luz del día, y a la muerte de su padre, el jefe Jelani, fue nombrada matriarca del clan, y al poco nació Amani, a la vera del rugido de las leonas de las que su madre era amiga. Nada más ser alumbrado, aún en el suelo, dos Simbas lavaron la sangre de su piel con la lengua. Será por eso, que cada vez que se cruza con un león, Amani sólo sonrío.

El buitre de la sabana sabe que no hay jaula que le cerque pues ama la muerte y sólo el cielo le oprime a veces con su azul reventón, no permitiéndole encaramarse a rapiñar el agua de las nubes. «¡Habrás visto!», grita a veces, quejoso en vuelo, «que mis primas las águilas me den tobas en el cogote con

sus alas», calvo de envidia porque sólo ellas tienen la facultad de leer a la luz del sol la implicación de cualquier movimiento sobre el suelo. Las madres del poblado, sin embargo, colocan su mano a modo de visera en la frente, y al ver bambolearse cuerpos en las alturas jugando con las corrientes, no dudan en identificar a la bandada de buitres y bajar la vista a tierra para toparse con el animal muerto. Al descubrir al día siguiente los huesos, no se sabe cómo, las madres siempre piensan en jaulas.

Ben, Julius y Amani no conocen a sus abuelos, como muy rara vez los ñus llegan a conocer a los suyos en un día a día infestado de peligros. De noche, en torno a las hogueras del poblado, bajo un manto de luceros que alumbran el pasto del cielo, el más anciano de la tribu se anima a contar historias de mundos que a muchos les quedan tan distantes como los luceros.

«A los viejos en Occidente, cuando ya no sirven, se les deja en edificios muy tristes, hechos con ladrillos de ceniza, como manadas de búfalos enfermos abandonados a su suerte, a la espera de ser depredados por

una soledad atestada de cocodrilos». Cuando oyen eso, a los chicos les da por pensar que, allá lejos, donde dicen que el tráfico de los coches es como el ruido de un avispero, no existen hogueras ni fuegos en torno a los que juntarse con los abuelos para contarse aventuras y enseñanzas, al abrigo de las palabras traídas por el calor de las brasas.

¿Acaso un niño de la sabana puede entender, mejor que uno nuestro, que abandonen en medio del río atiborrado de cocodrilos a un abuelo que les guarda el sueño a la noche con fábulas?, ¿acaso somos capaces de dejar a nuestros padres, otra vez vueltos niños de orinar incierto, varados en una cama de una habitación extraña sin el consuelo de un cuento que acompañe su paso al otro lado del velo?

«¡Oh muerte!, deja libre su espíritu para que sople sobre nuestros corazones y los alimente por siempre», oyen los jóvenes gritar al hombre santo de la tribu cada vez que alguien marcha al otro lado. No hay miedo, sino ánimo en las familias. No hay tristeza, sino alegría. No hay derrumbe, sino saltos de los guerreros saludando a la muerte con la danza

de la vida. Y a la noche, como un suspiro del viento, roza el rostro de los niños un labio pasajero.

—Lo bueno de ser viejo es que tengo nuevos amigos —le cuenta un coyote tumbado al lado de un arbusto a un joven damán que yace sobre una roca—. Antes, años ha, ya estaría tramando, nervioso, me hubiera acercado sin que me vieras, de espaldas al viento para que no me olieras. Y ahora, ¡mírame!, conversando contigo mientras me como el huevo de una gallina de Guinea.

El damán, roe que te roe unas plantas entre las juntas de la roca, ríe entre los incisivos.

—Lo bueno de que se te caigan los caninos, querido coyote, es que miras la vida de otra manera, y si te das cuenta, aquí los dos, uno al lado del otro, verás que parecemos distintos, pero al final somos lo mismo. Cuando se me caigan los incisivos, vendrá el soplo del cielo, y volveremos de la misma forma los dos a los brazos de la Tierra.

Julius, el hijo de la bantú Salma, le contaba a su madre, aún muy pequeño, que hablaba con guepardos. No sabía si despierto o dormido. De lo que sí estaba seguro era de que

eran guepardos. Charlaban de las manchas con las que uno nace, de los lunares que a uno le confunden sobre el terreno o le hacen ser visto a distancia haciéndolo vulnerable. Hablaban de la aceptación y el rechazo. Y de las estrategias de supervivencia. Los guepardos le confesaron a Julius que el secreto de su velocidad es el deseo. El deseo es la palanca que les instiga vertiginosos para correr a saciar su hambre; y detrás de ese deseo se esconde, claro está, el miedo. El más débil de los tres grandes felinos junto al leopardo y el león es el guepardo. O eso es lo que piensa el guepardo. Guardan tanto miedo a perder las presas, a morir de hambre, que por eso son más veloces que ninguno. A la libertad de que nadie te supere en carrera, siempre la gana el miedo a ser superado. Si miras a Julius puedes jurar que, por lo grácil de sus ademanes, el rostro que se le hace puntia-gudo en el hocico, y la mirada tejida de un brillar hondo y raudo, cuando habla con un guepardo en realidad lo hace frente a su propio espejo.

Ben sueña con elefantes. Le arde la frente con sus pisadas. Algunas noches llega un gran macho hasta la almohada y eleva su cabeza

para mostrarle el poder de sus colmillos. Ben se levanta de la cama y guía al elefante hasta el baobab que, según cuenta su padre Mwenye, engatusó a su madre Penda para engendrarle. Entonces Ben le pide al elefante que utilice su cornamenta para derribar el árbol. El cuadrúpedo carga contra el baobab tal si fuera un ariete, y lo arranca de cuajo dejando al aire todas sus raíces. Ben aplaude, aplaude, aplaude, y el elefante agacha la cabeza, eleva los colmillos y brama el nombre del Gran Valle que nunca se nombra tres veces. Ben entiende al elefante sin saber por qué extraño designio sucede aquello, y justo en ese instante llega su madre Penda, y el gran macho, sin pensárselo, le enrolla la trompa en el cuerpo y la sube a su grupa con gran cuidado. Ben se queda allí, boquiabierto frente al baobab arrancado, viendo cómo su madre le dice adiós yéndose a lomos del gran elefante. ¿Y entonces?, diréis... entonces el chico despierta, envuelto en sudores, aún cercano el bramido del proboscídeo llevándose a su madre, que llega rauda al lecho cuando oye los gritos del hijo que la necesita.